

CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA MEDICINA

Por Dr. Manuel Zeledón Pérez

JEFES DE CIRUGÍA PARA 1955

Recordamos que para esos tiempos se llegaba a obtener la máxima posición dentro de un servicio quirúrgico –JEFE DE SERVICIO– para descansar del ajetreo duro de muchos años y hacer una operación cuando se quisiera o que uno de los pacientes le pediera el favor de ser el protagonista mayor dentro del acto quirúrgico que se tuviera que verificar. El Dr. Alfonso Acosta Guzmán era el Jefe del Servicio Federico Zumbado y raramente se presentaba al Hospital, a cambio de ello se recargaban las funciones en el jefe de clínica, Dr. Enrique Aguilar Alfaro, magnífico cirujano que trabajaba muy a consciencia en su posición de jefatura y distribuía el trabajo a los cuatro asistentes (cirujanos). Una situación similar pasaba con los demás jefes de servicio que contaban con toda clase de prerrogativas al llegar a esa posición privilegiada.

El Servicio Carlos Durán tenía por jefe el Dr. José Manuel Quirce Morales quién fue nombrado Ministro de Salubridad, para ese entonces, y por tanto, el jefe de la clínica Dr. Jorge de Mezerville Quirós cumplía con esos deberes mayores. El Servicio Gerardo Jiménez tenía por jefe al Dr. Julián Marchena que como también trabajaba para el Instituto Nacional de Seguros, tampoco podía dedicarle mucho esfuerzo a su jefatura.

El Servicio José María Barrionuevo Orozco tenía al Dr. Jorge Vega Rodríguez quién era muy asiduo trabajador pero como tenía tanta clientela privada, generalmente se encontraba operando en la Clínica Bíblica, los pacientes privados.

Todo eso era muy natural para esos tiempos de la Junta de Protección Social, en que no habían realmente sueldos y en que los que habían llegado a Jefes Supremos también, habían tenido que trabajar muchos años, hacer grandes méritos, demostrar grandes capacidades para llegar a esa posición de gran honor –hacer lo que uno quisiera–. Nadie, absolutamente nadie, se atrevía a criticar malsanamente a estos señores jefes, que bien ganado tenían ese rango de privilegios. Una dedicación de por vida –de 20 a 25 años– los había subido a esa curul, a los abnegados cirujanos, de por lo menos, unos veinte años de subir escalafones meritorios, para llegar a la cúspide. Así es que ese JEFE DE SERVICIO era un funcionario de alta posición y había conquistado el galardón en que se le permitía todo y el mando se recargaba en la jerarquía inmediata, o sea, en el Jefe de Clínica. Modelos de mirar los reglamentos de la época, en una Junta de Protección Social, que con razón, velaba por los indigentes y no por la economía de los profesionales médicos. Para el médico era un honor y un privilegio entregar sus servicios gratuitos al hospital de caridad, su “modus vivendi” lo conseguía fuera de él. Con su poca o mucha clientela, o bien, con horas de trabajo, de tal manera que el cirujano tenía que hacer sus finanzas fuera del recinto hospitalario. El Hospital sería su idealismo, su amor por el prójimo y por la medicina, además, el Hospital fue y seguirá siendo el ente que le nutre de conocimientos a lo largo de su práctica médica. Esas paredes de misericordia proporcionan la educación médica continua y de por vida, para el médico que quiere seguir valiendo para el ejercicio de su profesión: con eso queremos decir, que quién no hace vida hospitalaria va perdiendo capacidades en sus conocimientos de acervo profesional. La medicina evoluciona día con día y el hospital es el maestro permanente. Toda una existencia, no deja de haber casos, que aunque, haya mucha madurez y sapiencia, son primicia para el médico más experimentado.